

neras unida á la más exquisita urbanidad, por sus formas, habían cautivado extraordinariamente á Loredano.

Así es que aquella amistad ofrecida tan sin ceremonia fué aceptada inmediatamente, sin ninguna segunda intencion por una ni otra parte.

Dos minutos antes, el conde y M. José no eran mas que simples conocidos, y ahora, despues de su apretón de manos, se consideraron como amigos íntimos hasta la muerte.

Así conversando, bajaron la ancha escalera del Círculo, y delante de la puerta encontraron á un groom que tenia por las bridas dos magníficos caballos de raza, y de un brinco los dos montaron á caballo y se dirigieron á los malecones.

La multitud de gentes que circulaba por las calles era tan compacta, que les era preciso marchar al paso.

Los dos eran buenos ginetes, y emparejados uno al lado del otro, teniendo cuidado de contener á sus caballos cuyas bocas espumaban, iban conversando amistosamente.

— Así pues, dijo M. José, es cosa convenida : ¿ seremos amigos ?

— Completamente amigos, contestó el conde, y de tal modo, que hoy mismo voy á poner vuestra amistad á prueba.

— A fé mia, contestó M. José con alegre risa, que los dos tenemos el mismo pensamiento. Tal vez dentro de algunos dias tendré yo que haceros una confidencia y pediros alguna cosa de la que depende la felicidad de toda mi vida...

— Con condicion de desquite, respondió Loredano, podéis contar conmigo como yo cuento con vos.

— Todavía ignoro, dijo M. José poniéndose de repente pensativo y triste, si yo tendré que pediros algun dia ese favor, el mayor que un hombre puede pedir á otro... Pero en todo caso, por hoy no se trata de mí, sino de vos ; y así os escucho.

— Se trata de un negocio de honor, dijo Loredano. ¡ Oh ! añadió en seguida como para responder al gesto de sorpresa de M. José, no creais que se trata de una querrela ordinaria. No soy ya un calavera sin seso para meterme en aventuras de esa clase, ese sería un negocio de muy poca importancia para llegarme á preocupar hasta ese punto.

Se trata, M. José, de un duelo á muerte, del cual uno de los dos solamente, ó mi adversario ó yo, haya de salir vivo. ¿ Quereis ser mi padrino ?

— Sí, respondió sencillamente M. José.

— Miradlo bien, porque los motivos de este duelo son de tal naturaleza, que tienen que quedar ignorados aun de los testigos. ¿ Teneis bastante confianza en mí para cargaros con tanta responsabilidad ?

— ¿ No somos amigos ? contestó M. José en el mismo tono.

— Entonces cuento con vos. No dejéis de venir esta noche á la fiesta que da mi hija en el palacio Matifay.

— Allí iré, respondió gravemente M. José.

Entretanto los dos amigos habían llegado á las orillas del río y podían poner sus caballos al trote.

En el momento en que subían la rápida cuesta de Passy, la bajaba, al paso, un coche sin escudo de armas y herméticamente cerrado.

Al cruzarse con él, se le figuró á M. de Puysaie haber oido en el interior del carruaje un grito ahogado y pronunciar su nombre por una voz que no le pareció desconocida.

Se volvió con presteza, pero ya no vió sino una mano blanca que corria las cortinillas del carruaje.

— Me habré equivocado, dijo ; además, ¿ no me ha prometido el dominó negro que volvería á verla esta noche ?

El carruaje, aun á riesgo de volcar, había tomado el gran trote y bajaba la pendiente con la mayor velocidad.

XXXV

FIESTA DE NIÑOS.

Hallábase en todo su brillante apogeo el baile que la joven mamá daba con motivo del mártir de carnaval y en honor de Liliás.

Los marquesitos empolvados y las pastorcitas á la Pompadour hacían sus piruetas de lo lindo. Los guardias franceses ofrecían grageas á las ostreras, y las Cidalisas de altos talones encarnados daban casquitos de naranja á los arqueos del tiempo de Luis XIII.

Nada mas lindo que aquella sociedad microscópica rebosando alegría por todos sus poros, sin penas ni cuidados.

Cipriana, es verdad, había tratado á sus convidados como á personas mayores, y no se había economizado ni olvidado nada para que la fiesta fuese brillante.

Estaban abiertos todos los salones y hasta el invernadero de las flores, como en los dias de grandes y solemnes recepciones, y mientras que los niños saltaban y bailaban, las personas grandes se iban, unas á los salones de conversacion ó de juego, ó bien, si eran los padres de los niños, se quedaban en el salon en donde estos estaban bailando, contemplando con delicia aquel torbellino encantador que formaba el conjunto de tantas mejillas sonrosadas, de tanta inocencia reunida, que envuelta en seda y en encajes se entregaba con todo el abandono y franqueza de su edad al placer que gozaba.

Loredano era una de estas personas ; pero cuando su mirada venia á caer sobre Liliás, por casualidad, se hacia sombría.

Cuando el coronel entró, la fisonomía del conde tomó una expresion mucho mas seria, y la nube que cubria su frente se hizo mucho mas opaca.

Fritz también tenia el aire preocupado, pero aparentaba estar tranquilo y resuelto.

Loredano le salió al encuentro, y la sola señal que hiciese

descubrir su emocion, era la de que sus labios temblaban ligeramente.

Se agarró al brazo de Fritz con el mismo aire familiar que otras veces, y en voz alta y clara para que todos lo oyesen, le dijo en tono de amistosa reconvencion :

— Venis bien tarde, amigo mio.

Sin embargo, el que hubiese notado el tono con que fueron pronunciadas aquellas palabras, habría podido predecir ó presentir una desgracia.

Los dos amigos, agarrados del brazo, dieron algunas vueltas por los salones, esforzándose uno y otro en disimular la turbacion ó emocion que los agitaba, y así se fueron alejando de los salones ocupados.

De este modo llegaron al invernáculo, en donde no había absolutamente nadie.

Entonces, separando sus brazos bruscamente y mirándose cara á cara con una expresion provocadora, comprendieron por la primera vez uno y otro cuán profundo é irconciliable era el odio que mutuamente se profesaban.

Se hallaban en este momento debajo de aquellas palmeras exóticas, cerca de aquella fuente de mármol blanco y de apacible susurro, y en el sitio mismo en que Cipriana había sentido sus primeras alegrías y experimentado sus primeras tristezas.

Allí fué donde M. José, tocando también por la primera vez su mano, le había declarado su amor, dándole á conocer, al mismo tiempo, el obstáculo casi insuperable que los separaba.

Aquel sitio delicioso, poético y encantador, embalsamado con las emanaciones balsámicas que se desprendían de las flores, en donde se reflejaban y armonizaban los mas vivos colores y se respiraba una deliciosa fragancia, parecia estar destinado solamente para oír discursos amorosos mas bien que palabras de cólera y de odio.

Loredano, sin embargo, lo había elegido para tener su explicacion con Fritz como el mas á propósito para evitar una sorpresa.

Despues de un momento de silencio, el conde no pronunció mas que estas palabras :

— ¡ Sois un miserable !

De pálido que estaba, Fritz se volvió lívido, pero no pestañeó y solo dijo :

— Teneis derecho para tratarme como gustéis, y yo no me reconozco con el de responderos. Sí, he sido culpable con vos, inmensamente culpable, y aun cuando lo deseara, no puedo negaros la reparacion que exijais.

— Bueno, dijo Loredano, en ese caso hé aquí lo que exijo. Ya comprendéis vos mismo que yo no puedo batirme por el motivo verdadero que nos hace enemigos : eso sería confesar la falta de... de madama de Puysaie, confesar sobre todo vuestra vil complicidad, esto es, declararos altamente indigno de cruzar el acero con un hombre honrado.

La palabra *indigno* hizo estremecer casi imperceptiblemente la careta de impasibilidad con que el coronel había cubierto su rostro.

Loredano, sin embargo, lo notó.

— He dicho indigno y lo repito, continuó ; batiéndome con vos, sé que me rebajo... sin que por eso os eleve. Así, lo que yo quiero obtener no es una reparacion, sino una venganza... No quiero dar satisfaccion á una convencion vulgar y mundana por medio de algunas gotas de sangre sacadas de vuestro pecho ó del mio ; lo que quiero es mataros.

El coronel no respondía : estaba inmóvil como una estatua de mármol, aparte un temblor nervioso que agitaba sus manos.

Había hecho resolucion formal de escuchar todo, de sufrir todo sin replicar ni quejarse.

Sin embargo, las palabras de Loredano, deshonrosas como una bofetada, abrasadoras como un hierro candente, no podían caer sobre su mejilla ó aplicarse sobre su espalda sin hacerle estremecerse.

Su garganta seca y contraída pudo al fin articular algunas palabras.

— Os he declarado que sabia todo eso, dijo ; todas vuestras reconvenciones me las he hecho yo á mí mismo antes de ahora. He puesto enteramente en vuestras manos mi honor y mi vida. Sois mi juez, y no mi adversario. Pronunciad vuestra sentencia, y no me hagais sufrir por mas tiempo.

— Mi sentencia es esta, replicó friamente el conde. Vamos á volver al salon, en el que creo no habrán advertido nuestra ausencia. Al principio, aparentaremos ser, como antes, buenos amigos. Se tratará de provocar una disputa sobre cualquier motivo indiferente ; como por ejemplo, podremos sentarnos uno en frente del otro á alguna mesa de juego.

Hay personas que se ponen de mal humor cuando pierden, y entonces se les puede escapar alguna palabra demasado viva.

Vos sereis el que pierda y á quien se le escapará esa palabra viva que yo recogeré... y sobre la que vos insistireis.

En tales casos, suele haber también algunas buenas gentes que, con las mejores intenciones de componerlo todo, intervienen en el negocio, y en vez de arreglarlo no hacen otra cosa que echarlo mas á perder. Esperemos con que no nos faltarán esos torpes interventores. Querrán separarnos, y en esta clase de disputas suele haber también alguna mano demasado ligera y pronta á levantarse en alto. Vuestra mano se levantará...

— ¡ Mi mano !... quiso interrumpir el coronel.

Loredano con un gesto no le dejó proseguir, y continuó diciendo :

— Dejadme concluir. He dicho vuestra mano, porque quiero, lo entendeis bien, ser el insultado ; quiero tener á los ojos de todos un pretexto para una legitima é implacable venganza ; quiero que, cuando mi espada haya atravesado vuestro pecho, ó mi bala fracturado vuestro cráneo, nadie me pueda acusar ni tachar de implacable.

Hé ahí la razón por qué exijo un insulto serio, un insulto sangriento.

Después, aquí para entre nosotros, no negareis que yo tengo el derecho de elegir las armas, ¿no es verdad? Pues bien, quiero conservar este derecho porque deseo mataros.

Los lejanos acordes de la orquesta, aunque muy amortiguados por la distancia, se oían débiles é indecisos en el invernadero.

El conde volvió á agarrarse del brazo de Fritz, y aparentando hablar de cosas indiferentes, estos dos hombres, de los cuales el uno debía matar al otro antes que pasasen veinte y cuatro horas, volvieron á entrar en el salón y se mezclaron con los grupos de los demás convidados.

La función había cambiado de aspecto: se había concluido el baile, y en la entrada de la gran puerta del salón se había improvisado un teatrillo portátil.

El teatrillo del signor Chinela, bien conocido de los jovencitos que acostumbraban concurrir á los Campos Eliseos y al jardín de las Tullerías.

Colocado en círculo ante la tienda de cutí rayado, el auditorio infantil abría sus ojos desmesuradamente y palmo-teaba aun antes de comenzar la representación.

El baron Matifay, á quien no se había visto durante toda la noche, se había decidido, al fin, á venir á hacer, durante algunos instantes, los honores de su casa.

Encorvado, con las mejillas hundidas y la mirada fija constantemente en el vacío, ó como si estuviese soñando, parecía que acababa de salir de una larga enfermedad.

Los últimos quince días habían sido para él tan largos y tan pesados como quince años.

Se sentó, ó por mejor decir, se dejó caer en el sillón de honor que le habían reservado, y con un gesto vacilante hizo señal para que empezase el espectáculo.

Cipriana, risueña y fresca como una rosa, vino á colocarse cerca de aquel viejo que era su marido, y después hizo señas con la mano á Liliás para que viniese á su lado.

Para que la niña pudiese obedecer á su joven mamá, le era necesario, ó pasar por medio de las filas apiñadas de los espectadores, ó dar un gran rodeo al rededor de las paredes de la sala.

En este caso, tenía que tropezarse necesariamente con la pareja muda del conde y del coronel Fritz, que estaban los dos de pie en el hueco de una ventana.

Al pasar delante de Loredano, Liliás se sonrió del modo mas gracioso.

Esta sonrisa era suficiente, por lo general, para disipar toda tristeza del rostro del conde; pero aquel día no hizo sino aumentarla.

Loredano se arrepintió sin duda de haber manifestado aquel sentimiento de odio injusto, porque con su voz mas cariñosa volvió á llamar á Liliás.

El coronel, á su vez, dirigía alternativamente miradas de tristeza al conde y á la niña.

Loredano sorprendió una de aquellas miradas; sus labios

se plegaron al principio de una manera irónica, pero bien pronto se dijo también que aquella era una mala venganza y que no estaría bien hecho el privar á aquel hombre, en visperas de morir, de que abrazase á su hija.

É inclinándose hácia él, le dijo en voz baja:

— Fritz, abrazad á vuestra hija.

El coronel se apoderó de Liliás con un movimiento apasionado, y estampó dos besos ardientes en las sonrosadas mejillas de la niña sorprendida y atemorizada.

Después, volviéndola á poner en tierra, con la frente erizada, resuelto y con el ojo inflamado, le dijo á Loredano:

— Ahora estoy pronto; haced de mí lo que queráis.

El telón del signor Polichinela se levantó, y el auditorio infantil, entusiasmado, aplaudía con todas sus fuerzas la entrada en escena del malandrín jorobado.

El conde y el coronel se trasladaron al salón de juego, en donde habían quedado todavía algunos furiosos apasionados.

XXXVI

ENTRE BASTIDORES.

La representación del signor Chinela debía ser el final de la fiesta, y su duración se había calculado de manera que viniese á correrse el telón á eso de las doce.

No se quería fatigar demasiado al infantil auditorio.

El teatrillo daba por su parte interior á aquel mismo salón ó rotonda en donde hemos oído, al principio de esta historia, al coronel y á Loredano, tramar el casamiento de Cipriana.

En este salón estaban dos de nuestros personajes, Chinela y la condesa de Monte-Cristo.

Y sin embargo, hemos visto que la condesa se había excusado de no concurrir á la fiesta del baron Matifay.

Por eso no estaba en traje de baile, y el que entonces vestía había hecho un singular contraste en aquella sala alumbrada por las mil luces de las arañas y candelabros, y en donde se reflejaban los variados vislumbres de las telas de seda y de los diamantes.

Envuelta en un largo vestido negro, con la cabeza cubierta con un velo flotante, Elena parecía mas bien una viuda que acaba de depositar en la tumba á su único amor, que una condesa joven y brillante vestida para una fiesta.

Chinela tenía su teatro montado sobre una máquina de ruedas, y esperaba la señal de Elena para hacerlo rodar empujándolo hácia adelante y abrir de par en par la gran puerta que le separaba del público. Pero Elena ni hacía la señal, ni pensaba en hacerla.

Sentada, ó mas bien, hundida en la otomana circular que

ocupaba el centro de la pieza, estaba abismada pensando en la terrible partida que iba á jugar dentro de algunos minutos.

De esta partida dependía la única felicidad de que pudiese gozar en adelante en esta vida, ó el solo dolor que pudiese experimentar su alma verdaderamente varonil.

Iba á saber si la Pippione era ó no era su hija.

Chinela se acercó á ella despacito, pero no se atrevió á interrumpirla en su meditación.

El carácter de este italiano era muy particular: una mezcla de cualidades buenas y malas; cobarde por naturaleza, valiente en ciertos momentos, capaz de robar ó de dar el único pedazo de pan al primer pobre que se presentase, según la disposición de ánimo en que se hallase.

Le hemos visto calcular únicamente el mejor modo de explotar el sentimiento mas puro y sagrado que hay en el mundo, el amor maternal.

Y hoy, precisamente á causa de ese mismo sentimiento, se había hecho el esclavo de Elena, y la servía casi con desinterés.

Es verdad que también pensaba á menudo en que aquellas monedas de oro y aquellos billetes de banco encerrados en el fondo del cofrecito que le habían ofrecido, serían para él; pero la perspectiva de tener estos valores no era la principal razón que le hacía obrar.

Aun cuando no le hubiesen dado, ni prometido nada, no por eso habría dejado de proceder del mismo modo.

Y aun habría hecho mas: habría sacrificado aquel cofrecito, los doblones de oro y los billetes que contenía, porque fuese la Pippione, realmente, la hija tan buscada por aquella madre afligida y enlutada.

Elena continuaba sumida en su meditación.

— Señora, dijo Chinela con voz tímida, son las once.

La condesa de Monte-Cristo levantó la cabeza como si acabase de despertar de un sueño.

— Teneis razón, dijo.

Dió una mirada distraída hácia el teatrillo y preguntó:

— ¿Está todo preparado?

— Todo, respondió Chinela.

— Y tú, ¿te acuerdas bien de tu consigna?

— La tengo bien presente.

— ¿Tendrás cuidado de mirar atentamente y examinar bien á todos los asistentes al espectáculo, mientras que estas haciendo maniobrar á tus muñecos?

— He pensado en todo, dijo, señalando á la condesa una rendija imperceptible hecha en el biombo que servía de fachada á su teatro portátil.

— Bueno, dijo la condesa. Te encargo mucho, Chinela, que trates de recordarte bien de las facciones de aquel hombre.

— Hace ocho días, contestó el italiano, no hago mas que estar pensando en él, continuamente, y si yo fuera pintor, creo que podría hacer su retrato. Esta noche misma, lo he tenido aquí delante de mis ojos, y su fisonomía está de tal manera grabada en mi mente, como si la hubiera impreso en mi cabeza con agua fuerte. Nosotros somos como los

gendarmes, señora, quizás porque hacemos lo contrario de lo que ellos hacen. Cuando nos es necesario acordarnos de las facciones de algun rostro, ó del sonido de alguna voz, no lo olvidamos nunca.

— Entonces, ¿crees que si estuviese aquí entre los concurrentes, lo reconocerías?

— Estoy seguro de ello, respondió Chinela sin titubear y en un tono que no dejaba duda; aun cuando hubiese envejecido y encanecido; aun cuando se pusiera una peluca, una barba postiza y anteojos, lo reconocería.

— Aquí hay un gran número de personas convidadas; piensa que es entre esas personas en donde será preciso saberlo distinguir.

— Yo lo reconoceré entre mil.

— ¡Ea! pues entonces á la obra, dijo mas bien con el gesto que con la palabra la condesa de Monte-Cristo, que debía experimentar en aquellos momentos la resolución, la esperanza y el desaliento que debió sentir el rey de la leyenda al arrojar al mar la copa de oro cincelada.

En este momento fué cuando se abrieron de par en par las puertas del salón y apareció el teatro del signor Polichinela, cuya aparición fué recibida por el auditorio infantil con palmadas y gritos de entusiasmo y alegría.

En el primer piso de aquella casa en donde reinaba tanta algazara y regocijo, y en el saloncito particular de Cipriana, se hallaba una mujer llorando y orando.

Esta mujer era la condesa Hortensia de Puysaie.

Aquella misma mañana había recibido una carta que le había hecho abandonar el *Refugio*. La carta de una persona á quien ella miraba como á su superiora, á la que no es posible resistir.

Una carta de la señora de Monte-Cristo.

Le era, sin embargo, bien doloroso el tener que volver á presentarse en aquella casa de donde antes había huido por orden de esa misma persona; pero ahora no conocía mas que un deber, el de obedecer.

El billete lacónico de la superiora lega de la orden del *Refugio*, estaba concebido en estos términos:

« Hoy va á decidirse la suerte de todos los vuestros. Hoy es el día en que Cipriana obtendrá su libertad, y los culpables recibirán su castigo. Loredano necesitará que le den ánimo; necesita vuestro perdón, y él también tiene que perdonar. Venid. »

Y la condesa Hortensia, obedeciendo, había venido.

Muchas veces durante el día había vuelto y revuelto en su imaginación aquellas palabras que encerraban un sentido misterioso.

Cada una de las aserciones de este billete vago, era para ella como una interrogación, como un enigma.

Cipriana iba á ser libertada ¿de qué manera? y ¿qué papel tenía ella que representar en este drama?

Los culpables iban á recibir su castigo: ¿quiénes eran estos culpables? ¿de qué modo iba á imponérseles este castigo?